

EL LUGAR TEOLÓGICO DE LA EMOCIÓN RELIGIOSA: UN ANÁLISIS A LOS SERMONES ANGLICANOS DE JOHN H. NEWMAN

THE THEOLOGICAL PLACE OF RELIGIOUS EMOTION: AN ANALYSIS OF JOHN H. NEWMAN'S ANGLICAN SERMONS

LUIS M. ALBORNOZ-OLIVARES

Universidad Católica del Maule

malbornoz@ucm.cl

<https://orcid.org/0000-0003-3977-9122>

*Artículo recibido el 14 de mayo de 2025;
aceptado el 30 de julio de 2025.*

Cómo citar este artículo:

Albornoz Olivares, L. (2025). El lugar teológico de la emoción religiosa: un análisis a los Sermones anglicanos de John H. Newman. *Revista Palabra y Razón*, 27, pp. 68-85. <https://doi.org/10.29035/pyr.27.68>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

RESUMEN

El discurso religioso y su pertinencia práctica asume por naturaleza la condición antropológica. En efecto, todo aquello que constituye lo humano es asumido por la experiencia creyente. En este sentido el lugar de las emociones y su relación con la razón epistémica que evidencia la fe religiosa, aporta de modo diverso a una realidad que no es baladí en el reconocimiento de la experiencia sobrenatural de Dios. El conocimiento, como elemento racionalmente requerido, nos pone en una clave epistemológica que requiere de una profundización, pero de igual modo la experiencia del amor humano con toda su carga afectiva, sugieren un espacio que normalmente se expresa en emociones religiosas. Ahora bien, ¿cuál es la pertinencia o lugar de estas emociones dentro de una sana y verdadera opción creyente? He aquí nuestro análisis que toma como fuente las homilías anglicanas de John Henry Newman.

Palabras claves: epistemología – razón – homilías de Newman – emoción religiosa – fe.

ABSTRACT

Religious discourse and its practical relevance assume, by its very nature, an anthropological condition. Indeed, everything that constitutes humanity is assumed by the experience of faith. In this sense, the place of emotions and their relationship with the epistemic reason evidenced by religious faith contribute in diverse ways to a reality that is not trivial in the recognition of the supernatural experience of God. Knowledge, as a rationally required element, places us in an epistemological context that requires further study, but equally, the experience of human love, with all its emotional charge, suggests a space that is normally expressed in religious emotions. Now, what is the relevance or place of these emotions within a healthy and true faith? Here is our analysis, based on the Anglican homilies of John Henry Newman.

Keywords: Epistemology – reason – Newman's homilies – religious emotion – faith.

Introducción

La reflexión teológica sobre el ser humano como *Imago Deo*, ha estado presente por siglos en la reflexión creyente, y ha tomado relevancia teológica con distintos acentos a lo largo de la historia¹. A partir de la modernidad, por ejemplo, esta pregunta va a ser interpelada por el emerger racionalista y tensionada por el romanticismo, todos movimientos culturales y filosóficos epocales que circunscribieron la pregunta por la *Imago Deo* a un ámbito antropológico de impronta racional y afectiva.

La Comisión teológica internacional, en el año 2004, recogía una reflexión sobre el hombre como imagen de Dios (*imago Deo*) y en ella destacaba que el “conocimiento de Dios y el amor a Dios” son elementos que encuentran su raíz en el *imago Deo* (nº 22). Más adelante, el mismo documento afirmaba que: “Las actividades que derivan de la comunión interpersonal del hombre y del servicio responsable, se refieren a las capacidades espirituales, intelectuales y afectivas” (nº 26). Y, al hablar del daño producido por el pecado, señala que éste afecta la relación del ser humano con los otros, causando “una división dentro de él entre cuerpo y espíritu, conocimiento y voluntad, razón y emociones” (nº 45).

En medio de este contexto parece relevante hacer un análisis a los *Sermones anglicanos* de John Henry Newman (Londres 1801-Birmingham 1890), en la búsqueda de un determinado espacio antropológico que permita profundizar en esta tensión emocional—racional, circunscrita en el discurso de este pensador inglés y las coyunturas que le tocó soslayar. San John Henry Newman fue uno de los líderes del Movimiento de Oxford, clérigo anglicano hasta 1843, año a partir del cual comenzó un discernimiento que lo llevó a la comunión con la Iglesia de Roma en 1845. Entre 1851 y 1858 se desempeñó como el primer rector de la Universidad Católica de Dublín. El Papa León XIII lo nombró Cardenal en 1879, Benedicto XVI lo declaró beato en el año 2010 y el Papa Francisco lo canonizó en el año 2019 (Autor, año).³⁻

John Henry Newman² vivió en medio de polarizaciones religiosas entre

1 La doctrina cristiana del *imago Dei*, hunde sus raíces en el libro del *Génesis* (1, 26), y retoma su fuerza en la obra paulina (Col 1, 15). La patristica (Ireneo de Lyon, Orígenes, San Agustín...) y sobre todo la escolástica, han profundizado en el concepto y su comprensión. En efecto, en la obra; *De Genesi ad litteram imperfectus liber*, san Agustín analiza la sentencia bíblica de *Génesis* 1,26 con el fin de mostrar diferencias entre lo humano y lo bestial (*De Gen. ad litt. imperf. liber*, XVI, 57, Trad. Balbino, 1957). En la escolástica será Tomás de Aquino, quien en coherencia con Agustín complementa algunos aspectos específicos de esta doctrina (ST, I, q. 93, art. 6, 2001: 833). Del mismo modo el maestro Eckhart profundiza la temática siguiéndole los pasos a la obra agustiniana y tomista.

2 Para profundizar en su biografía se puede consultar: M. Trevor, *John Henry Newman o crónica de un amor a la verdad*, trad. del original inglés (Newman's Journey) por Aureli Boix, “El rostro de los santos 8”, Salamanca 1989; Ch. Dessain, *Vida y pensamiento del Cardenal Newman*, trad. del original inglés (John Henry Newman) por Aureli Boix, “testigos 12”, Madrid 1990. Más clásicas resultan ser: W. Ward, *The life of John Henry Cardinal Newman*, 2 vol., obra basada en sus escritos y correspondencia privada, New York, London, Bombay and Calcuta 1912; L. Bouyer, *Newman. Sa vie. Sa spiritualité*, Paris 1952; I. Ker, *John Henry Newman: A Biography*, USA 1990; J. Morales, *Newman, (1801-1890), Forjadores de*

la racionalidad, por una parte (*noéticos, evidence school, positivismo*), y el sentimentalismo religioso (*low church, evangelismo, liberalismo, romanticismo*) por otra, experimentando una serie de conflictos que se manifestaron entre el emerger racionalista y la supremacía evangelista. A este respecto, la emoción religiosa se vio cuestionada por las dudas racionalistas que le exigían de un lugar teológico que permitiera fundamentar la credibilidad religiosa, teniendo presente que el autor no tiene por objeto hacer un análisis de tipo psicológico respecto de la emoción. Tampoco está en su intención proponer una definición académica al respecto.

La emoción la entendemos hoy como una reacción psicofisiológica en respuesta a un estímulo, evento o situación que se manifiesta en la conducta³. Las emociones sirven para establecer nuestra posición con respecto a nuestro entorno, y nos impulsan hacia ciertas personas, objetos, acciones, ideas y nos hacen rechazar otros. Poseen ciertas características invariables y otras que muestran cierta variación entre individuos, grupos y culturas. Obviamente, nada de esto está presente de modo sistemático en el discurso newmaniano, sino que lo que pretendemos evidenciar es la relación entre los sentimientos y las emociones respecto a la razonabilidad o el conocimiento humano da cuenta de una comprensión antropológica que opera como distinción en la unidad y en razón de la fe religiosa, su negación comportaría falsear una posibilidad comprensible a los misterios de la fe⁴. En definitiva para él oxoniense se trataba de hacer inteligible el contenido de lo que se cree en donde estas facultades se solicitan mutuamente. Por ejemplo, la palabra mente (*mind*), en Newman considera el aspecto racional y emotivo, por lo tanto, el asentimiento a una realidad involucra al ser completo con todas sus facultades. No se trata solo de entender la mente como inteligencia, sino que se amplía a todo el ámbito del conocimiento sensible e intelectual.

El Santo inglés desarrolla una serie de ideas consideradas relevantes para ordenar, explicitar y proponer. Nos hemos centrado en sus *Sermones parroquiales y sencillos* (*Parochial and Plain Sermons*). *Sermones* que van desde sus inicios como clérigo anglicano en San Clemente (1824), hasta sus últimas homilías en Santa María (1843). Es decir, el tiempo en que con particular atención se desarrolla la crisis religiosa en la Inglaterra moderna.

historia, Madrid 1990.

3 Cf. De la Serna, Juan Moisés, Alexitimia. Un mundo sin emociones, Tektime, 2018. Cf. Levenson, R.W. (1994) Human Emotion. A functional view. In P. Ekman & R.J. Davison (Eds.) The nature of Emotions: Fundamental questions (pp.123-126). New York: Oxford University Press.

4 El *The Oxford English Dictionary*, (Oxford 1991, 797-799), menciona 21 acepciones distintas de *mind*. Newman considerará aquellas que despierten mayor relación con la definición de asentimiento, donde la *mind* involucra a la persona y su pensamiento, sus voliciones, emociones y sentimientos, cuestiones que dicen relación a su sistema cognoscitivo-emocional y las potencias que constituyen la subjetividad. De la misma manera, *mind* en Newman, puede hacer referencia al ámbito espiritual, que se distingue del cuerpo. Estas distinciones favorecerán una mejor comprensión de la fundamentación antropológica que seguimos. Cf. J.H. Newman, *Parochial and Plain Sermons*, San Francisco 1997, 76-82. En adelante, P.S. También: I. Ker, *Newman una biografía*, Madrid 2010, 14.

Desarrollamos una metodología, en primera instancia, de tipo estadístico-heurística, pues—los presupuestos sobre los cuales se profundiza esta investigación fueron el resultado de un análisis de la problemática central abordada por Newman en sus predicaciones. En efecto, de los escritos estudiados se desentraña ³/₄al menos en un primer momento³/₄—una determinada comprensión antropológica, que será el marco general en el cual nos moveremos en la investigación ulterior, demostrando que en los textos nos encontramos explícitamente con tal problemática.

En un segundo momento, hemos llevado adelante un método de contraste conceptual, inductivo-analítico que nos ha permitido, a partir de los escritos mismos y otros de esta época, sistematizar las cuestiones alusivas a nuestro tema. Un método diacrónico-sincrónico de investigación toma aquí su consistencia, pues se hizo una selección de textos que nos llevaron diacrónicamente a orientar la investigación en el sentido expuesto y analizar los postulados newmanianos en coherencia de tiempos, circunstancias, y repercusiones contextuales a sus enunciados. Esto implicó un fichaje de datos y referencias dentro de los mismos *Sermones* como de aquellos escritos que de una u otra manera sugerían nuestra línea de investigación.

El acercamiento y estudio del texto que aquí proponemos será el resultado que sincrónicamente nos permitirá precisar la fundamentación de la tesis general de nuestro estudio. Nuestra dinámica ha solicitado un movimiento dialéctico en la obra del santo inglés, como en sus referencias secundarias. Por tanto, reconocemos un camino elíptico más que lineal en el proceso investigativo. No se trata aquí de subestimar la emoción religiosa y su lugar decisivo en el desarrollo de una comprensión antropológica plena y humanizadora. La predicación newmaniana no busca el rechazo a la expresión emocional como tal, aunque en muchos casos así pareciera, sino que propone otorgarle un justo lugar.

I. La relevancia homilética de los sentimientos y las emociones

La dimensión afectiva, los sentimientos y las emociones constituyen una realidad humana que nuestro autor recoge permanentemente en sus homilías con diversa connotación, citemos aquí algunos ejemplos: “El orgullo, la vanidad, la codicia, la impureza, el descontento, el resentimiento, suceden en las emociones” (83), *P.S.*,33; “La emoción no cambia nuestro deber, no tienen fuerza en ellos” (305), *P.S.*,78; “La emoción está en nuestro poder para reprimir, no para excitar” (305), *P.S.*, 81; “Si las emociones no nos llevan a la práctica no tienen sentido” (315), *P.S.*, III; “Pero toda esa emoción, evidentemente, no es el más alto estado de la mente de un cristiano, sino que es más que la primera agitación de la gracia en él” (292), *P.S.*, 118; “Tenía su fe no más profundo de la raíz de esta emoción que pronto llega a su fin” (292), *P.S.*,118; *P.S.*,331; “Hay que ver más allá de lo que muestran las emociones” (373), *P.S.*,334. “El sentido del deber prevalece sobre las emociones” (372), *P.S.*, 329; “La práctica religiosa supera las emociones” (287), *P.S.*,1508: “Las emociones un apasionado discurso que debilita el verdadero

poder espiritual de transformar las cosas” (312), *P.S.*, 466. “Esa emoción no es la esencia de la verdadera fe, a pesar de que la acompaña” (292), *P.S.*, 119; “La conversión es más que pasiones y afectos (236), *P.S.*, 1614; Una emoción puede ser una exaltación febril” (292), *P.S.*, 120; “Confunden la oración con sentimientos fuertes o emociones” (221), *P.S.*, 169; “Las emociones repentinas llevan a la acción casi como una cuestión de sentimiento, sin tener tiempo para preguntar qué camino es el mejor” (370); *P.S.*, 473.

Estos ejemplos nos dan un panorama bastante completo de las referencias a la emoción religiosa que Newman tenía. Sin embargo, hay que considerar que también la emoción favorece la acción creyente, de hecho, para el oxoniense esta es su principal virtud: “La emoción nos puede impulsar a facilitarnos obedecer. Por lo tanto obedecer con prontitud; hacer uso de ella, mientras dure, no se siente siempre” (305), *P.S.*, 78-79; “La emoción cálida, es mucho más aceptable que la efusión de los no instruidos” (305), *P.S.*, 82; “Es difícil comenzar cualquier deber sin alguna emoción (312), *P.S.*, 463; “Es abrir la mente a la influencia de algún sentimiento o emoción, y difícil evitar tal influencia” (572), *P.S.*, 1346; “Las emociones religiosas tienen fuerza para movilizar” (537), *P.S.*, 983; “Hay distintos tipos de emociones” (570), *P.S.*, 1338. “Aprender a utilizar las emociones correctamente” (305), *P.S.*, 81; “La veneración, el amor y todas las emociones indescriptibles, no se puede poner en palabras” (437), *P.S.*, 994.

Esta serie de referencias están influidas en Newman por el evangelismo de su juventud que desprendía un claro acento afectivo, pero también y, sobremanera, en razón de otros dos factores fundamentales, el desprecio a la emoción religiosa venida de la Iglesia alta y su reacción en la baja Iglesia, que en virtud del desprecio a la razón acentuaba un interés desmedido a las emociones. No son los sentimientos religiosos en sí mismos, los que inquietan al oxoniense, pues por su propia naturaleza, el sentir emocional se manifiesta como reacción motivada por agentes externos o internos al ser humano⁵. Lo que le preocupa a Newman es que la fe se construya sobre estos sentimientos que él mismo ve como realidad poco consistente, incapaz de sostener una auténtica experiencia religiosa, cuestión que, en último término, no sería fe real⁶.

5 En este punto resulta muy ilustrativo en la comprensión que tiene nuestro autor del lugar de los sentimientos, una carta que envía a su hermana Jemina Newman, el 10 de mayo de 1828, en donde plantea el deseo de poder controlar los sentimientos, sobre todo aquellos vagos, sutiles que taladran y enferman el alma. Cf. *L.D.*, vol. II, 69.

6 No se trata de un desprecio de los sentimientos, sino de la advertencia que la fe y la religión no se reducen a ellos, tanto más si lo que afirmamos como sentimiento se expresa como pura emoción más que a una experiencia abarcante de todo el ser humano. Cf. “*nadie puede reducir la fe a un sentimiento*”, sermón (818): “El estado de gracia”. *P.S.*, 818; “*se acaban las emociones y creen que pierden la fe*”, sermón (305): “El valor de los sentimientos en la vida cristiana”, *P.S.*, 80; “*Considerar a Dios solo como un Dios de amor*”, sermón (519): “La reverencia es fe en la presencia de Dios”, *P.S.*, 970.

2. El lugar de las emociones

El proceso biográfico que Newman va viviendo le permite esclarecer su propio pensamiento. Las relaciones familiares y clericales que fue desarrollando en la Iglesia Anglicana fueron teniendo distintos matices en la medida que él mismo cambiaba sus opciones de vida; y sus convicciones religiosas. Esto se ve con mucha claridad en lo referente a los sentimientos, que en cuanto cambiaban con cierta recurrencia en su propio proceso vital, le fueron resultando frágiles para sostener la fe, pues ésta por su propia condición de fe religiosa no estaba disponible para el cambio. Así, la comprensión de sus emociones le permitieron reconocer la doble perspectiva religiosa a que se expone el ser humano con ellas⁷. Por un lado, los sentimientos son frágiles, pero a su vez, manifestados en una emoción favorecen la acción; y por un sentimiento mayor se arriesgan también cosas mayores.

Hay otros que, cuando sus emociones pierden fuerza y fervor, se desaniman y caen en el miedo y la esclavitud cuando podrían estar gozando alegres en su fidelidad. Estos son los mejores porque tienen auténticos principios religiosos, aunque van descaminados en parte, por creer que sus sentimientos son pruebas de santidad. Se entristecen y se alarman cuando no sienten nada porque les parece mala señal y, como están desalentados, creen que pierden el tiempo y que otros les dejan atrás en la carrera. (P.S., 81. Sermón (305))

Al hacer depender la fe religiosa exclusivamente de cierto estadio emocional, se expone al creyente a una frágil condición respecto de lo que se cree, no solo por la variabilidad con que en ocasiones se experimenta, sino además porque atendidos solo en sí mismos, inducen a error, en cuanto sugieren internamente determinados estados de vida creyente que no son tales. Esta impresión interior, a su vez, se expresa afectivamente, por lo que puede inducir a nuevos errores; y así se perpetúa la impresión religiosa de modo equívoco:

El carcelero al enterarse de que podía salvarse a través de Cristo, dio signos evidentes de exaltación. Esto es algo que resulta natural y justo; sin embargo, no deja de ser un estado de excitación y, si se me permite decirlo, todos los estados emocionales tienen algo de peligroso. (P.S., 699. Sermón 378)

⁷ En sentido estricto hay que distinguir la emoción (*emotions*) de un sentimiento (*feeling*). Pero en cualquier caso la comprensión que tiene nuestro autor responde transversalmente a lo que comúnmente se entiende por sentimiento, como se irá reflejando en el desarrollo de este escrito. En todo caso, para reconocer el uso del vocablo digamos que en el *Oxford English Dictionary*, la palabra sentimiento tiene trece acepciones, todas ellas se podrían aplicar al uso de Newman en la dimensión del sentir. Cf. *OED.*, vol. V, 806. Newman no distingue siempre los conceptos, de hecho a veces habla de sentimientos (*feelings*) o emociones (*emotions*) como si hablase de lo mismo. De ahí lo importante que resulta situar sus reflexiones en el contexto en que predica.

Newman es clarísimo en este tema, lo que facilita nuestra explicitación del mismo. Las emociones religiosas aparecen con rapidez y nitidez, pero de la misma manera que aparecen pueden desaparecer. Evidentemente, el tiempo de su permanencia varía según su constitución; y se alimenta y fortalece como se enfría y desvanece, todo dependerá de la práctica religiosa que se aplique. Otra desvalorización de las emociones tiene que ver con una especie de manipulación personal del deber religioso en razón de afectos particulares, que si bien en determinadas circunstancias pueden contribuir a la mejor comprensión y vivencia de la fe, también dan cuenta de equívocos, lo que lleva a confesar al oxoniense, una especie de dios particular que puede distar mucho del Dios revelado en Jesucristo, objeto último de la reflexión que va desarrollando:

Hay otros que sitúan la religión en el mero ejercicio de los sentimientos, y estos también consideran a su Dios y su salvador sólo en lo que les concierne, esto es, sólo como el Dios del amor. Creen haberse convertido del pecado a la gracia mediante la mera manifestación de ese amor a sus almas y en el gesto de entregarse a él, e imaginan que ese mismo amor, que ninguna transgresión por su parte podría borrar, conducirá a todos los individuos así elegidos al triunfo final. (P.S., 409. Sermón 369)

Tenemos aquí la clara distinción respecto a los peligros de confiar la fe religiosa exclusivamente a las impresiones emocionales. Aquello que de suyo busca convertir el corazón humano y conducir a éste a la acción religiosa, termina bajo la primacía de las emociones en un autocontrol de la fe como materia íntima e intimista de las decisiones, dependiente de las afecciones que hacia ella se tenga. Esto es lo que va advirtiendo el oxoniense. Si bien una emoción puede vincularnos a un credo, éste por sí mismo no es suficiente y habrá que atender las fórmulas necesarias para liberar a la fe de este apego afectivo exclusivista. Este cuestionamiento newmaniano se ve mucho más solícito cuando se presenta vinculado a los artículos de fe y a la enseñanza religiosa:

Pero hay espíritus febriles y tercios que no tienen la sabiduría de confiar en lo que Dios nos enseña. Insisten en que los artículos de la fe no son más que puras formalidades, y que predicarlos y transmitirlos es impedir la conversión del corazón a la fe y a la santidad. Lo que ellos quieren hacer, en cambio, es despertar emociones con la intención de —eso creen— cambiar el carácter. (P.S., 397-398. Sermón 367)

La tarea es cómo entender la relación de las emociones con la vivencia de la fe religiosa. Tal y como Newman lo ha formulado. El ser humano se entiende también en su dimensión afectiva, por tanto, su discurso se entrapa si quedase solo aquí. Reconocer el lugar de las emociones en su vinculación directa con la fe religiosa pasará a ser una explicitación necesaria.

3. Fe y emociones religiosas

Cuando se mira el conjunto de la predicación newmaniana, sorprende reconocer que la apreciación hacia la dimensión emocional cambia cuando se trata de confrontarlos con la dimensión práctica de la fe: "...el verdadero arrepentimiento no puede surgir sin el pensamiento de Dios; tiene a Dios en el pensamiento quien lo busca; y lo busca porque le apresura el amor; y hasta el dolor es algo dulce, si hay amor" (P.S., 1163. Sermón 538). Esta frase de Newman da cuenta de la necesidad del amor como expresión fundamental en la relación con Dios. Al analizar el texto, se ve con claridad lo que anticipábamos, a saber, que lo que mueve a la acción es el amor, es lo que posibilita la práctica religiosa.

Una idea semejante encontramos en otro sermón al hablar de la participación eucarística: "Dejadme decir que no es hoy muy diferente la conducta de quienes se acercan a la Mesa del Señor sin sobrecogimiento, admiración y esperanza, sin ese conjunto de sentimientos que la expectación de una maravilla tan alta debe despertar en nosotros" (P.S., 1277. Sermón (505))⁸. En este texto el sentimiento también se reconoce como agente emocional movilizador, tanto a la acción sacramental, como a la contemplación espiritual. En ambos casos hay movimiento, acción religiosa que mueve al ser humano⁹.

Estos antecedentes nos adelantan ya un aspecto del rol de las emociones y los sentimientos en la vida religiosa, ellos mueven el alma, llevan a la acción, impulsan a la vida práctica, pero además; dan vitalidad a lo que se cree, hermocean el espíritu, llenan de contenido vital la propia fe, y por lo mismo resultan esenciales en el creer, pues la vida humana necesita de elementos que la alimenten y den consistencia vital, pues de ello también dependerá la acción religiosa:

¿Qué situación más triste encontrarse con esa frialdad y sequedad en el alma, en la que tantos viven y mueren, pequeños y grandes, sabios y sencillos? Muchos grandes hombres, o muchos campesinos, o muchos hombres de negocios, viven y mueren con un corazón cerrado, con afectos poco desarrollados y aún menos ejercitados. Ved a ese pobre hombre, arrastrándose día tras día, domingo tras domingo, año tras año, sin un pensamiento en su mente, se diría que como una piedra. O contemplen al hombre educado, rebotante de ideas, bien provisto de inteligencia, perpetuamente absorbido por la acción, pero que sigue teniendo el corazón de piedra, tan frío y muerto en cuanto a afectos, como puede serlo el pobre campesino ignorante: (P.S., 1164. Sermón 538)."

⁸ La misma idea sugiere el Sermón "Los misterios cristianos" (199), lo primero es obrar y vivir de la fe lo demás vendrá por añadidura. P.S., 137.

⁹ "La contemplación para nuestro autor es la captación del misterio divino presente en la persona humana". P. Marti del Moral, "Contemplación y presencia de Dios en los sermones parroquiales de Newman", *Scripta theologica* 37 (2005), 895-909. Aquí, 897.

Aquí no importa el grado de conocimiento o instrucción que se tenga, pues la experiencia creyente aflora allí donde hay vida; y donde se vive hay corazón y habita el sentimiento religioso. Pero es este mismo sentimiento el que puede engañar al creyente para hacerlo caer en su propia condición distraída de esta misma fe, la emoción puede llegar a dominar al ser humano y convertirse éste en devoto hombre de emociones, más que de Dios mismo:

Él puede, mediante una punzada de angustioso sufrimiento, castigar al alma terrenal o, mediante una tentación, justificarla o, mediante una visión, glorificarla. Adán cayó en un momento; Abrahám fue justificado al levantar el cuchillo, Moisés perdió Canaán por una palabra, David dijo «he pecado», y fue perdonado; Salomón obtuvo la sabiduría en un sueño, Pedro hizo una confesión y recibió las llaves; nuestro Señor dejó a Satanás desconcertado con tres frases en el desierto; nos redimió en el curso de un día; nos regenera mediante una fórmula hecha de palabras (P.S., 991-992. Sermón 437).

Parece claro que el sentimiento y su expresión emocional juega un rol fundamental en la fe religiosa, dinamiza, entusiasma, mueve y lleva a la acción. Pero también perturba, confunde, enreda, engaña, al igual que la razón, la emoción es un constitutivo antropológico necesario, pero que por sí mismo para lograr una fe real, como busca el oxoniense: “Esas emociones no son la religión, aunque accidentalmente vengan a la vez y puedan convertirse en el vehículo que le lleve a un modo de vida estable y piadoso (P.S., 78-79. Sermón 305)”. Ésta es la cuestión especie de oposición que impele a Newman a ubicar un lugar teológico en donde esta realidad tenga pertinencia.

4. Falta de fe y dureza de corazón

Ya adelantábamos que viendo las ventajas que a la fe le proporciona la emoción religiosa también ésta puede distorsionar el auténtico mensaje y la verdadera vivencia creyente. Es decir, no por el solo hecho de sentir cosas nobles e ilustres, vamos a entender que ellas son dignas de atención o seguimiento, al menos, no necesariamente. Por otro lado, el solo hecho de sentir no justifica el actuar en coherencia con aquello que se siente. La condición humana sujeta al pecado¹⁰, afirma que toda la humanidad está reñida con esta realidad, en consecuencia, aquello que positivamente favorece la relación con Dios a través de la fe religiosa, podría sin una clara y razonable orientación, afectar la experiencia creyente.

¹⁰ Se trata del pecado de naturaleza, el que hemos heredado por el puro hecho de ser persona humana, y que ha debilitado la voluntad y obscurencido la inteligencia, con ello se ven afectadas las características antropológicas fundantes, en particular, las que estamos desarrollando aquí. Cf. J. Collantes, *La fe de la Iglesia católica*, Madrid 2009, 3 ed., 179-196. Concilio XVI de Cartago (DH 222-224); Concilio II de Orange (DH 371s.); Concilio de Trento (DH 1511, 1512). El pecado se transmite no en virtud de una imitación voluntaria sino a través de una vinculación natural de la descendencia de Adán (*propagatione, non imitatione*: DH 1513).

La experiencia de la fe no solo solicita de la expresión emocional, aunque evidentemente la requiere como veníamos desarrollando. El tener una conciencia de las cosas sagradas, o, dicho de otro modo, el saber conceptualmente aquello que creemos, no produce necesariamente un movimiento hacia Dios. Esto es lo que en clave bíblica se sintetiza en la idea de dureza de corazón,¹¹ pues desde la realidad del corazón se comienza a creer y a movilizarse en razón de lo que se cree, cuyo substrato fundamental es la experiencia del amor, y no otras inclinaciones fruto de un corazón empecatado. Este es el problema de Balaam (Nm 22,38):

El que ama no se mueve por cálculos o razonamientos; en sus momentos de calma, no habla o no piensa en lo que está haciendo como si fuera un gran sacrificio. Mucho menos se ufana en ello. Que es precisamente lo que Balaam parece haber hecho. He estado mostrando que su defecto consistía en esto: que no miraba con sencillez a la voluntad de Dios, sino que le guiaban otros fines. (P.S., 75I. Sermón 45I)¹²

El valor de la emoción religiosa queda aquí por encima de otro tipo de variables que rodean la condición humana del creyente. Es la experiencia del amor en su condición más sublime hacia Dios la que posibilita una acción en un primer momento y luego que esta acción tenga nobles intereses. La dureza de corazón impide dejarse empapar por Dios y esto conlleva el movilizar la vida a partir de fuentes distintas a las propias de una fe más genuina. Es por esta razón que la fe de los sencillos tendrá para nuestro autor un espacio relevante no solo en su discurso homilético, sino también en sus obras más sistemáticas¹³.

La dureza de corazón que no deja favorecer la emoción religiosa en la vida creyente, también afecta a lo que el ser humano en sí mismo debe aportar en su propia conversión. Es decir, el sentimiento no se materializa solo en una emoción religiosa, sino que también puede generar cierto movimiento interior que haga posible la conversión a Dios. En este sentido, las emociones también se manifiestan de modo no grato a nosotros mismos, pero pueden

11 Algunos ejemplos. Ex 8,15: “Dijeron los magos a Faraón: ¡es el dedo de Dios! Pero el corazón de Faraón se endureció, y no les escuchó, como había dicho Yahveh”; Dt 10,16: “Circuncidad el prepucio de vuestro corazón y no endurezcáis más vuestra cerviz”; Dt 29,3: “Pero hasta el día de hoy no os había dado Yahveh corazón para entender, ojos para ver, ni oídos para oír”; Is 63,17: “¿Por qué nos dejaste errar, Yahveh, fuera de tus caminos, endurecerse nuestros corazones lejos de tu temor?”. También: Ba 2,30; Ez 11,19; Mt 13,15; Mt 19,8; Mc 3,5; Jn 12,40 Hech 7,51; Rm 2,5, etc.

12 También: “insisten en que lo uno no se sigue de lo otro, se afanan en buscar excusas y dicen que llevamos las cosas demasiado lejos”, sermón (399): “Los riesgos de la fe”, P.S., 925.

13 Piénsese, por ejemplo, en la validación de la fe y la ortodoxia de la misma que nuestro autor reconoce en el pueblo de Dios, más que en los elocuentes defensores de la fe en torno al Concilio de Nicea (*The Arians of the Fourth Century*, 1833) lo que recoge la idea en la importancia de la fe común de los fieles (*On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine*, 1859) y la defensa explícita de la fe de los sencillos que sistematiza en su reconocida obra sobre el asentimiento religioso (*An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, 1870).

transformarse por esta misma razón en camino de conversión. Cuando esto ocurre, fruto de un itinerario creyente hacia Dios, el padecimiento de la fe que hace brotar espontáneamente emociones de rechazo, invita —en la dinámica que Newman propone— a no rehusar el sentimiento mismo, sino aquella expresión de él que hace rechazar el sentimiento original. ¿Cómo? mirando fuera de nosotros, atendiendo a las realidades divinas que no dependen de nuestras propias afecciones, en definitiva, se trata de romper con la dureza de corazón que hace centrar la vida en los sentimientos propios, más que en aquello que Dios propone:

Nuestro deber es mirar fuera de nosotros mismos, mirar a Jesús, esto es rehuir la contemplación de nuestros propios sentimientos, emociones, estados de ánimo, que no son los puntos centrales de la vida espiritual, y dejar, en cambio, que todo eso quede asegurado por sus frutos. (P.S., 331. Sermón 373)

Con esto queda claro que nuestra obstinación hacia Dios y sus llamadas no se juegan solo como aplicación práctica externa, sino también como movimiento fundante de nuestra propia conversión interior, pero como ya se ve, para llevar adelante esta dinámica, la emoción por sí misma no basta. La fundamentación antropológica aquí expresada solicita de otros agentes que favorezcan el justo lugar de ellos en la experiencia de fe religiosa, se trata en términos simples, de reconocer la relación del sentir con el creer, esto es lo que desarrollamos a continuación.

5. Sentir y creer

Entre la emoción y la experiencia de fe religiosa Newman advierte una tensión relevante, en parte movido por su propio contexto, como hemos ya descrito. Si bien el oxoniense no se abandona absolutamente a las emociones ni a los sentimientos, pues reconoce claramente sus limitaciones: “cualesquiera que sean tus emociones, estas u otras, no pienses que siempre las sentirás” (P.S., 79. Sermón 305), aparece constantemente en su discurso la necesaria pertenencia entre el sentir y el creer. Por supuesto, la fe religiosa va más allá de un particular sentir, la fragilidad de una comprensión bajo estas características no se sostiene en el desarrollo que hemos venido siguiendo. Sin embargo, aquí entra a jugar un rol fundamental la diferencia entre la expresión de sentir emergente que traduciríamos al concepto de emoción, según las definiciones antes citadas; y aquel sentimiento mayor que se experimenta como un estado emocional mucho más englobante.

Hecha esta aclaración, es posible reconocer que cuando ambos conceptos se utilizan juntos en el discurso newmaniano, la diferencia aparece fácilmente. Tal es el caso de la frase que hemos intencionalmente citado más arriba. Las emociones tienen carácter espontáneo, van y vienen, emergen con prontitud y se van con la misma prontitud, por eso es que Newman señala que no se sentirán siempre. Pero a su vez, lo que se experimenta al “sentir” llama y evoca una realidad mayor, un sentimiento mayor desde el cual la

emoción se expresa y a su vez lo expresa. El tema va más allá del uso mismo del concepto, pues cuando las expresiones —sentimiento y emoción—, no se topan en un mismo texto, Newman tiende a usarlos indistintamente. Por ejemplo, a veces habla de: “ardientes sentimientos” (*warm feelings P.S.,122*), o “sentimientos religiosos despertados” (*religious feelings roused. P.S., 115*), “sentimientos impetuosos” (*impetuous feelings. P.S.,117*). Aquí aunque utiliza el verbo sentir (to feel) está aludiendo a la idea de emoción, manteniendo el uso de la forma verbal sentir (*to feel*) aunque aplicado a excitaciones momentáneas.

Así, resulta determinante para comprender el lugar entre el sentir y el creer, reconocer que aquello que se siente (*to feel*) responde a un movimiento transitivo interno y aquello que es sentido resulta más vinculante con una exaltación momentánea (*emotions*). Cuando nuestro autor habla de este tipo de sentimiento más profundo, que sustenta en el tiempo una determinada actitud vinculante, se puede decir que se corresponde con una determinada comprensión religiosa; y, en consecuencia, hablamos de una emoción religiosa. Este es el caso del texto que citamos a continuación y que responde a una perspectiva de vivencia de la fe en el tiempo:

Hay un instinto dentro de mí que me impulsa a levantarme e ir a mi Padre, a pronunciar el nombre de su amadísimo Hijo y, una vez pronunciado, a abandonarme sin reservas en sus manos, diciendo: si llevas cuentas de las culpas, Señor, Señor mío, ¿quién podrá quedar en pie? Pero en ti está el perdón. Este es el sentimiento con el que nos acercamos a confesar nuestros pecados y a pedirle a Dios perdón y gracia cada día; y fíjate en que éste es precisamente el sentir en el que debemos prepararnos para el encuentro con Él cuando venga visiblemente. (P.S., 993. Sermón (437))

En este caso vemos cómo la expresión del sentimiento no cambia, siempre alude al sentir y a la permanencia de este sentir con el mismo concepto (*to feel*). Es el sentir que mueve, el mismo sentir que se experimenta; y el mismo sentir que se mantiene; y, en este caso, hacia una perspectiva escatológica. Esta correlación del sentimiento en el sentimiento nos entrega la idea de una expresión mayor que hace estable la vivencia de lo que se cree, a esto es lo que llamamos emoción religiosa. Es la diferencia entre un estado de amor y el sentimiento espontáneo que restringe el lugar teológico de una emoción religiosa.

Con igual firmeza, pero con más emoción dice san Pablo cuando sus amigos pretendían que no fuera a Jerusalén: ¿qué hacéis llorando y afligiendo mi corazón? Yo estoy dispuesto no solamente a que me maten, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús (Hech 21,13). Observen que sereno es Job en su renuncia: el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el Nombre del Señor (Jb 1,21). Basten estos comentarios para mostrar la relación entre los

sentimientos y el auténtico sentido religioso. A veces son espontáneos, a veces convenientes, pero eso no es amor a Dios. Vienen y van. No hay que contar con ellos ni fomentarlos porque, como le ocurrió a san Pedro, pueden suplantar a la auténtica fe y llevar al autoengaño. (P.S., 119-120. Sermón (292)

La relación del sentir con el creer resultan relevantes en la comprensión y vivencia de la fe. La emoción religiosa, en la perspectiva que nuestro autor nos muestra, se ve en este estado fortalecida respecto de lo que implica la profesión y vivencia de la fe. En consecuencia, no es la emoción comprendida como un emerger espontáneo y circunstancial, lo que prevalece en clave interpretativa de la fe real, hablamos de un sentimiento mayor del que emerge una emoción. El Santo inglés proporciona un ejemplo más concreto de lo que implica una emoción religiosa: que desde una situación espontánea y pasajera pasa hacia un estado más profundo y permanente, en relación a un sentimiento mayor y lo hace recurriendo al texto bíblico de la mujer pecadora que se encuentra con Jesús (Lc 7,38):

La mujer pecadora lloró mucho cuando se acercó al Señor y le lavó los pies con sus lágrimas. Eso estuvo bien en ella, hizo lo que podía y nuestro Señor la alabó. Pero es evidente que ese estado de alma no podía durar mucho. Era el primer paso en su conversión y pronto pasaría. Si su fe no hubiera tenido más raíces que esta emoción, pronto habría terminado, como el celo de san Pedro. (P.S., 118. Sermón 292)

En efecto, la fe debe tener mayores raíces según Newman y éstas las podemos encontrar —a partir de lo hasta aquí formulado—; no en las parcialidades de las condicionantes antropológicas, sino en el conjunto de lo que es el ser humano. La comprensión de la fe y su credibilidad solicitan bajo la condición antropológica la sugerente perspectiva que va apareciendo. Las emociones religiosas forman parte constitutiva de esta realidad; y aparecen vinculadas al ejercicio humano de la razonabilidad de los actos, cuasi como un lugar teológico y antropológico.

Se trata de comprender que lo religioso sigue a lo humano —pues no hay otro modo que pueda ser reconocido antropológicamente—; entonces también estas dimensiones señaladas deben en cuanto a lo religioso comprenderse en su conjunto, siendo parte de la misma realidad, la humana. Lo más razonable es que las emociones y la razón, funcionen en materia religiosa como elementos constitutivos del acto de fe, así lo exige la propia condición antropológica, la propia naturaleza¹⁴. Si esto no sucede, podemos comprender entonces que el oxoniense lo exija a la luz de la estructura del acto de fe, en cuanto parte constitutiva de una auténtica

¹⁴ De este modo tanto el conocimiento de la fe como el sentimiento profundo hacia ella constituirán nuestra adhesión y asentimiento a Dios mismo, guardándole a él la debida veneración con la inteligencia y con el corazón. Cf. Sermón (300): “El misterio de la Santísima Trinidad”, P.S., 1411.

comprensión de la fe religiosa y también desde fuera, como condición de autenticidad de la misma fe: “Esta será la queja que podremos oír también entre hombres religiosos, no menos que entre los demás; su razón y su corazón no se mueven a la par, su razón tiende hacia lo alto, su corazón hacia la tierra” (P.S., 1166. Sermón 527). Es decir, la propuesta newmaniana termina solicitando a la razón y a los sentimientos una justa relación que haga posible la participación de la emoción en su correcto espacio teológico.

Esto resulta relevante para la práctica de la fe y la sistematización de la misma, para la vivencia de la devoción religiosa y para la teología. Si bien nuestro autor no lo plantea de este modo, de sus sermones se deduce esta comprensión antropológica en virtud del desarrollo de la propia fe:

Nos negamos obstinadamente a aceptarlo; sabemos que no somos irreligiosos del todo y eso nos convence de que somos religiosos. Desarrollamos la idea de que es posible ser demasiado religioso, nos hemos acostumbrado a pensar que la religión no tiene nada de elevado o profundo, que hay poco campo para el ejercicio de nuestras emociones, poco pasto para nuestra inteligencia, poco espacio para nuestros esfuerzos. (P.S., 945. Sermón (486)

Esta especie de conformismo que el santo inglés critica lleva a una fe que prescinde de profundización religiosa en materia emocional y racional dando cuenta de lo que señalábamos. Es decir, la fe no solo se construye en base a postulados previos que la sostienen, sino que exige de ellos su propia profundización y desarrollo.

“Sin amor, podremos tener remordimiento, arrepentimiento; podremos reprocharnos cosas, pero eso no es penitencia, eso no nos salva. Puede haber convicción de la razón, pero no conversión del corazón” (P.S., 1170. Sermón 527). La búsqueda del equilibrio de estas dimensiones humanas resulta ser el punto de inflexión a partir del cual la fe religiosa encuentra su estatus antropológico; y esto es lo que nuestro autor quiere reconocer y mostrar a sus oyentes para que la razón no sobrepase las expectativas emocionales, ni la emoción anule el necesario ejercicio racional. De esta manera, el contexto intelectual y religioso que Newman enfrentaba, abre la comprensión a una fe religiosa capaz de sostenerse en una base antropológica fundante, que, a su vez, encuentra su razón y sentido en el diálogo recurrente que se produce en estas dimensiones humanas.

Conclusión

En primer lugar, podemos concluir la extraordinaria valoración de la razón hacia los sentimientos, ésta, la razón, nos puede servir de guía, al punto que puede afirmar que determinadas afecciones y gustos no nos convienen. No obstante, estos sentimientos no son manejados libremente por la razón, pues surgen y se elevan indistintamente, por lo que pertenecen a un orden distinto del estrictamente racional. Precisamente, por esto, es

que la fe religiosa encuentra un espacio, pues cabe la posibilidad de que se siga hacia una realidad que atraiga al ser humano y que despierte sus emociones, aunque racionalmente no tengamos todos los elementos para sostener esta atracción. Esto, por supuesto, no desplaza el lugar de la razón, lo que aquí se plantea es que entre ambas realidades hay; una sana tensión; y que, para los efectos de la fe religiosa, el referente supera estas dimensiones.

La probabilidad¹⁵ que los acontecimientos propios de la fe religiosa se materialicen, supone ante todo la fe en ello, y es esta misma fe la que permite dar objetividad a lo que Dios revela en virtud de la salvación. Por tal razón es que Newman solicita una subordinación de los condicionantes antropológicos a la propia fe, en el sentido en que estos por sí mismos no hacen la fe, sino que la aceptan, y en cuanto la aceptan adhieren a lo que Dios nos propone razonablemente como camino creyente.

Este es el caso de la *Palabra de Dios*, que no es un constructo del creyente, tampoco es una elaboración racional de hechos históricos, menos una historia de sentimientos fluidos entre Dios y el ser humano, es todo ello y más. Es aquello que se requiere y necesita para la salvación; y la comprensión y encuentro vivo con esa *Palabra* es la que posibilita la objetividad de la fe, la claridad de la razón y el emerger de la emoción.

La emoción que puede despertar un texto bíblico, un pasaje del evangelio o un relato de la pasión, favorecerá vivamente la acogida y cumplimiento de esa *Palabra*; y allí la razón tendrá que esclarecer el cómo de los momentos y circunstancias en que esa *Palabra* se nos presenta como fuente de salvación. Pero en cualquier caso ambas condiciones antropológicas hunden su reconocimiento último en la objetividad de la *Palabra* y no en la subjetividad de las conclusiones personales o en los afectos particulares. De ahí la necesidad del cuerpo eclesial que acoge la *Palabra* con fe, para mejor comprenderla y anunciarla.

Es por esto que desde el principio hemos reconocido la sobrenaturalidad de la fe que supera por su propia condición la naturaleza humana. La fe tiene la primacía en las posibilidades de nuestra condición, no obstante, sea nuestra propia condición la que, en términos de posibilidad, la reconozca y acoja: “Fe y obediencia son lo principal; cree y actúa, y pídele a Dios luces; y razonarás bien sin saberlo (P.S., 1398. Sermón 468). Sin embargo, ni las relaciones entre los razonamientos y las emociones bastan para alcanzar la fe; esta sigue siendo don de Dios. No obstante, en cuanto ofrecimiento gratuito a la humanidad, ésta requiere de las dimensiones humanas y sus posibilidades para tener un espacio posible de ser reconocida como tal. El lugar se ofrece en la respuesta que cada ser humano en su propia conciencia

¹⁵ Probabilidad no significa relatividad. En lenguaje de Newman se refiere, por el contrario, al asentimiento real y especulativo de una verdad. Es decir, tiene directa relación con la certeza en materia de fe. Cf. *L.D.*, vol. XIII, 319. *Carta a J.M. Capes*, del 2 de diciembre de 1849.

le pueda ofrecer; y es allí mismo donde la emoción religiosa encuentra, como queda explicitado, su propio lugar teológico.

Referencias

- Albornoz, L. (2015). *John Henry Newman y la condición antropológica como fundamento para la teología de la credibilidad*. Universidad Pontificia de Salamanca.
- Bouyer, L. (1952). *Newman. Sa vie. Sa spiritualité*. Les éditions du Cerf. Kenedy & Sons.
- Calvo, F. (2011). *Homilética*. BAC
- Comisión teológica internacional. (23 de julio 2004). *Comunión y servicio: la persona humana creada a imagen de Dios*. En *BAC-documentos* (2009), 23.
- Collantes, J. (2009). *La fe de la Iglesia católica*, Madrid, 3, pp. 179-196. Concilio XVI de Cartago (DH 222-224); Concilio II de Orange (DH 371s.); Concilio de Trento (DH 1511, 1512).BAC.
- De la Serna, Juan Moisés. (2018), *Alexitimia. Un mundo sin emociones*, Tektime.
- Dessain, Ch. (1990). *Vida y pensamiento del Cardenal Newman*. Ediciones Paulinas.
- Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual: Gaudium et spes* 12. San Pablo.
- Ker, I. (1990). *John Henry Newman: A Biography*. Oxford University Press.
- Ker, I. (2010). *Newman una biografía*. Palabra.
- Levenson, R.W. (1994) Human Emotion. A functional vew. In P. Ekman & R.J. Davison (Eds.) *The nature of Emotions: Fundamental questions* (pp.123-126). New York: Oxford University Press.
- Marti del Moral, P. (2005). “Contemplación y presencia de Dios en los sermones parroquiales de Newman”, *Scripta theologica* 37 (3), 895-909.
- Morales, J. (1990). *Newman, (1801-1890), Forjadores de historia*. Rialp.
- Newman, J H. (1997). *Parochial and Plain Sermons*. Ignatius press.
- Newman, J. H. (1962-2008). *The Letters and Diaries*. Ed. Ch.S.Dessain, G Tracey y otros. 31 volm. Clarendon Press, Oxford.

Ratzinger, J. (2000) ¿Verdad del cristianismo?, *Revista de Historia* (2) 11-25.

The Oxford English Dictionary, (1991). Oxford University Press, 797-799.

Trevor, M. (1989). *John Henry Newman o crónica de un amor a la verdad*. Ediciones Sígueme.

Ward, W. (1912). *The life of John Henry Cardinal Newman*, (2), obra basada en sus escritos y correspondencia privada. Nabu Press.